



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12998

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIÉRCOLES 8 DE MARZO DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorete y J. Guzmán; en J. Jones, Faubourg-Montmartre, 51.

La Cuaresma

La Cuaresma es de institución apostólica, por cuya razón los fieles de todos los siglos han mirado su observancia como un deber sagrado.

«No hay ningún continente, dice San Basilio, ninguna isla, ninguna nación, ninguna ciudad, ni rincón alguno de la tierra, en que no se proclame el ayuno cuadragésimal.»

Los cristianos de los primeros siglos en los días de ayuno sólo comían yerbas, raíces, legumbres o frutas con pan y agua, y cuando más, un poco de pescado sin condimento. Además, todos sus alimentos eran de una especie tan común y barata, que proporcionaban grandes ahorros en los gastos de la mesa, cuyos ahorros convertían en limosnas. No comían más que una vez al día, después de puesto el sol.

San Fructuoso, Obispo de Roma, cuando iba al infierno, rebujó una bebida que le daban para confortarle, diciendo que todavía no era hora de romper el ayuno; era un viernes a las diez de la mañana.

En el siglo VI suavizose algún tanto la Ley de la abstención, permitiéndose a los que padecían de debilidad de estómago que bebiesen un poco de vino. En el siglo VII se permitió el uso de los lacteos en los países septentrionales, donde la estación, todavía muy atrasada, no podía suministrar las verduras necesarias durante la cuaresma.

Más adelante, la Iglesia atenuó todavía más el rigor de su disciplina, permitiendo el uso de la manteca, de leche a falta de aceite, con la condición de supir esta parte de la penitencia con limosnas.

Respecto a la fidelidad en su

observancia, conviene recordar algunos hechos que prueban la religiosa sumisión con que nuestros padres observaban los mandatos de la Iglesia.

En el año 516 había en Constantinopla gran carestía de trigo, vino y aceite, por manera que el pueblo se hallaba reducido a una grande extremidad. El Emperador Justiniano, aunque muy fiel observador del ayuno, conociendo el espíritu de la Iglesia, no reparó en mandar abrir los mataderos desde la semana primera de Cuaresma y en ordenar la venta pública de carne en todos los mercados. Pero el pueblo quiso más padecer todos los rigores del hambre, que aprovecharse de aquella indulgencia: nadie compró ni comió carne.

Esta religiosa sumisión se ha ido transmitiendo con la sucesión de los siglos. Una de las Torres de la Catedral de Ruan ha conservado hasta hoy el nombre de *Torre de manteca*, porque se construyó con el producto de las piadosas contribuciones que pagaron los habitantes en clase de compensación, a consecuencia del permiso de comer manteca durante la cuaresma, que en 1389 el Arzobispo obtuvo del Papa Inocencio VIII, para su diócesis.

En Bourgués y en algunas otras ciudades hay también magníficas torres que tienen el mismo origen.

Desde hoy, miércoles de ceniza, la Iglesia, con vestiduras de luto, entrégase totalmente a la penitencia.

Nada de alegres cánticos, ni ornamentos de vivos y hermosos colores.

Resuena por todas partes la voz de los Profetas, llamando desde el desierto o desde el centro mismo de Jerusalén, al pueblo de Israel a la penitencia.

El evangelio del primer domingo de Cuaresma nos muestra a Jesucristo entrando en el desierto,

imponiéndose un ayuno de cuarenta días y diciéndonos a todos: «Ejemplo os he dado, para que como yo he hecho, vosotros también hagais.»

La víspera del primer domingo de Cuaresma se cantará con tono triste y lastimoso el hermoso himno de San Gregorio: «Audi benigne Gouditor.»

X.

BAILES DE CARNAVAL

Terminábamos ayer la sección dedicada a estas fiestas anunciando que dicho día, por la noche, daría en el Teatro principal un baile el Centro del Ejército y la Armada. Y decíamos:

«A juzgar por la animación que reina y por el cuidado que se ha puesto en la decoración del teatro, la fiesta será un acontecimiento.»

No nos equivocábamos; aquella fué de las que forman época y así lo aseguran cuanto la presenciaron.

Nada tan fantástico como el salón del baile, en que había sido convertido el patio de butacas Plateas y palcos aparecían decorados con abanicos de colores. Las columnas enguirnaldadas con exquisito gusto, combiniéndose de un modo admirable los tonos con la luz. De ésta se había hecho verdadero espectáculo. Dónde quiera que se dirigiera la mirada tropesaba con algo artístico y el todo hacía soñar con uno de esos palacios de hadas de que hablan los cuentos de «Las mil y una noches.»

En el escenario, separado del salón por amplia escotadura, a cuyo término se levantó un gran arco de herradura que hacía las veces de puerta de ingreso, había sido instalado el restaurant, adornado también con exquisito gusto, con una fuente auténtica en el centro y cuyos auriferos, al caer sobre las artísticas tazas descomponiendo los rayos de luz, semejaban chorros de rubíes y esmeraldas que encantaban la vista y exaltaban la imaginación.

Las demás dependencias habían sido decoradas con igual cariño, con idéntico gusto, con igual deseo de que resultara algo grande, fantástico, que provocara la admiración de cuantos lo vieran. Y así resultó ello: hermoso hasta no poder más.

Bien merece el autor del proyecto que se

le dé la enhorabuena; y nosotros que ignoramos quien sea, ni si es uno ó son más, se le enviamos admirados aún con el recuerdo de la grata impresión que nos produjo el lunes la vista del teatro.

El baile estuvo animadísimo. Numerosas mascaritas bajo cuyos antifaces se adivinaban rostros hechiceros, discurrían por el salón intrigando a los que las miraban ó eran embromados por ellas.

Las horas transcurrieron veloces, como pasa el tiempo cuando se pasa a gusto y a las altas horas de la madrugada comenzó el día, quedando solo y sumido en las tinieblas lo que parecía bella mansión de la gracia el color y la luz.

Por fortuna la fiesta se repetirá el sábado y así fué menos penosa la terminación de la del lunes.

Anoche se bailó en el Casino. La buena sociedad cartagenera se congregó en su círculo para quemar incienso al dios de la danza.

La fiesta resultó tan agradable como la del domingo. La concurrencia fué muy numerosa, con lo cual queda dicho que el bello sexo tuvo representación más grande, dando a la velada superior encanto.

Algunas paisanitas, y otras que no lo son, pero sí hermosas, porque entre las mujeres españolas la hermosura no reconoce clases ni regiones, asistieron luciendo caquichos y bonitos disfraces, dando a la fiesta la animación propia de los bailes de máscaras.

Tarea superior a la que puede rendir nuestra memoria sería obligarla a recordar los nombres de las damas que asistieron al baile.

Seguro es que la lista resultaría incompleta, y buyendo de la injusticia de las omisiones, renunciemos a su publicación.

Durante el baile fueron obsequiadas las señoras con ponches, pastas y te.

Rara era la población de extramuros donde no se celebraba anoche el Carnaval. Sólo en las que no hay domiciados ciegos, pasó silenciosa la noche. En los restantes se ha estado oyendo hasta esta madrugada el piano, ó la música de viento tocando bailes.

Y hay que ver esos bailes de máscaras de los barrios y las dipataciones. Por grande que sea el local, se llena; y come en las muletas predomina el disfraz y mantienen el rostro largas horas oculto bajo la careta,

entre el resuello de las máscaras, las voces adelantadas de las mismas y las palabras que pasan marcando las vueltas del vals, se arma una confusión tan grande que fatiga el cuerpo y el espíritu, mas las fatigas de un modo tan dulce, que cuando cansados del ruido hacemos la intención de abandonar la fiesta, nos arrepentimos enseguida, diciendo para nuestro papete: otro poquito. Y así, un poco ahora y otro luego, van pasando las horas y salimos del salón entre los más reacios, cuando habíamos hecho el propósito firme de estar breves momentos.

En ninguno de los colchones anoches en los barrios fué animación. En Los Molinos se bailó en el Casino Industrial, que estuvo plagado de máscaras (permítase la frase) y en el Circo de Unión Republicana, donde la concurrencia fué grande también. En Los Dolores hubo baile en las dos sociedades de recreo allí establecidas. En el Casino de San Antonio Abad bailaron las niñas michachas de aquel barrio. En Santa Lucía, en la Concepción, donde quiera que hay sociedades de recreo se rindió anoche culto a la musa del baile.

Y en todas partes terminó esta noche para los gente joven. Pero los que no han cumplido que el domingo que viene volverán a pisar los salones las lindas mascaritas y el baile se prolongará hasta la mañana.

¡Bendito voluta años!

La Sociedad «El Progreso» ha presentado este año el gigantesco salón del Circo con extraordinario lujo y exquisito gusto. La sala estaba convertida en una gran tienda de campaña, en la que se veían multitud de banderas de distintos colores artísticamente combinadas, y en el centro servía de remate a todo el adorno un soberbio pabellón que lucía los colores nacionales.

Durante las tres noches la animación ha sido extraordinaria, abundando mucho las máscaras con disfraces apropiados, sobresaliendo una numerosa comarca de abuelas y huertanas. También llamaron la atención por sus disfraces ingeniosos un grupo de murguistas que con sus raras instrumenton entonaban algunas piezas musicales.

Tampoco han faltado durante los tres bailes las obligadas comparas de monjas, aldeanas, segadoras, jitanas, pescadoras, charros, frailes y otras mil con disfraces raros que en innumeros torbelligo animaban la fiesta.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 577

dar que me someteré elegantemente a vuestra voluntad. María le miró sorprendida.

—Daniel,—balbuceó,—¿qué queréis decir?

—Quiero decir tan solo, mi querida María, que mi deseo más vehemente es de veros felices y que si yo debiera ser un obstáculo a vuestra felicidad preferiría mil veces dejar de existir. Pero la señora de Meroville os explicará lo que puede pareceros oscuro en mis palabras; oid a vuestra madre y elegid sin temor ni remordimientos el partido que juzguéis más prudente.

Y acto continuo, como si hubiera sentido desfallecer su valor, salió precipitadamente, dejando a María, llena de asombro, con la marquesa.

Daniel salió precipitado del pabellón y empezó a recorrer con paso agitado las calles del jardín, sin sentir desde los verdugaderos, que proseguían su silenciosa labor bajo el emparrado.

La entrevista con su tía había pasado en ebullición su pensamiento y sentía ardérselo la cabeza.

La marquesa conoció su superioridad; para desahogado hábil para aprovecharse inmediatamente de ella aguardó con paciencia una reacción que no podía tardar en presentarse en aquella alma ardiente y leal. La reacción vino en efecto: Daniel, después de un momento de silencio, levantó la cabeza.